

XILOCA 20
págs. 257-283
1997
ISSN: 0214-1175

INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA TUROLENSE

Francisco Lázaro Polo*

Resumen.— Desde la lírica tradicional y popular de los siglos oscuros medievales hasta las corrientes más modernas de este siglo, este trabajo pretende ofrecer una visión panorámica de la importancia que ha supuesto y que supone Teruel para la literatura española, teniendo en cuenta, como no podría ser de otra manera, la Comarca del Jiloca.

Abstract.— It is offered in this work a general vision of the importance that Teruel and the Jiloca area have had and has for the Spanish Literature, since the traditional and popular lyric from Medieval times to the new trends at the present century.

LOS MAYOS: PRIMAVERA Y AMOR

Es difícil que un pueblo viva sin lírica y menos en esos parajes hermosos de la Sierra de Albarracín en los que se entreveran verduras y sanguinolencias en una naturaleza en la que el alma sueña, poblada de mujeres que hacen perder el sentido. Y es allí, como en otros lugares de España, donde el pueblo canta, aunque haya sido sólo uno el genio elegido por las musas el que haya compuesto los Mayos, esas canciones tradicionales que proclaman el abril cumplido, la misma noche de Walpurgis, famosa por sonados aquelarres, en los umbrales de la misma primavera con su mayo florido y amoroso.

Los Mayos que se cantan en los diversos pueblos que componen la Comunidad de Albarracín, además de en otros como Alba del Campo o Peracense, y aun otros

* Profesor Instituto Enseñanza Secundaria.

más alejados como Libros o Urrea de Gaén por caso, son canciones populares y tradicionales compuestas en los albores de nuestra historia literaria turolense y que llegan a codearse con otras manifestaciones poéticas que tienen lugar en Galicia, a través de las cantigas, que se manifiestan en la España musulmana, a través de las jarchas mozárabes; o que enraizan en tierras castellanas, a través de los villancicos en sus versiones de canciones de mayo, género éste que desde los siglos oscuros llega hasta la poesía popular de los Siglos de Oro.

Vienen, pues, en los Mayos a confundirse la primavera y el amor, lo mismo que el paisaje y la mujer, cuando los ciclos naturales se renuevan y tiene lugar ese mito del eterno retorno en versión del pensador rumano Mircea Eliade. Y en esas composiciones sencillas y lozanas se va aludiendo con fruición a cada parte que compone la extensión esplendorosa del cuerpo femenino de la maya; parte manifiesta o secreta que se extiende de la cabeza a los pies, como taxativamente exigían los rigurosos cánones estéticos descriptivos del Medioevo. Y todo ello en medio de un escenario bucólico en el que la tierra queda fecundada para germinar de inmediato.

Esta de los Mayos es la literatura de los orígenes, llevada a cabo hasta los días sanjuaneros en los que los humanos-mayos colocan enramadas en los balcones de las bellas mayas. Cada pueblo, sin embargo, tiene su versión diferente de estas canciones; aunque las intenciones, contextos y rituales sean los mismos. Estamos ante una literatura oralista, transmitida de generación en generación, y producida en un entorno agrario en el que anida la pasión amorosa y en el que se consume la espera y la esperanza de la recolección frutal y silvestre.

Son las cuartetos las estrofas que sirven de colchón o asiento a estos sentimientos universales que los hombres y mujeres de nuestra serranía turolense expresan cuando la primavera llega: "Ya estamos a treinta/ del abril cumplido./ Alegraos damas,/ que Mayo ha venido". Suena la magia de la lírica popular, la magia de ese sentimiento sublime que es el amor, plasmado con atrevidas metáforas cultas y barroquistas. El mayo canta cuando alude al cabello de la maya amada: "Tu pelo es madeja/ del oro más fino,/ que envidian los rayos/ del sol purpurino". O dice cuando se refiere a otras partes del cuerpo: "Esas tus mejillas/ blancas, coloradas,/ son, niña, azucenas/ con rosas mezcladas".

Es el milagro de la poesía, la fusión del paisaje y el sentimiento, la interiorización del tiempo y del espacio por parte de un espíritu emocionado. En eso consiste el milagro artístico. Y, al cabo de los años, aún sigue perdurando cuando la primavera, cumplido su encierro en el infierno, anuncia con gozo su regreso.

MÁS SOBRE LA LITERATURA MEDIEVAL DE LA SIERRA

Casi tan populares como los *Mayos* son, en las serranías turolenses, *Los diez mandamientos* o *Los sacramentos*, composiciones, éstas, poéticas cuyo tema estrella es también el sentimiento amoroso. Son como una especie de complementos de *Los Mayos* y en ellos la destinataria sigue siendo la garrida y hermosa maya. Asistimos, ante estas manifestaciones literarias, al proceso inverso llevado a cabo con la poesía

de Garcilaso cuando ésta, en pleno Renacimiento, era vertida por poetas religiosos a la categoría de lo divino. En este caso son, precisamente, los motivos divinos, el elemento teológico, los que se humanizan. De ese modo, el primer mandamiento se expresa como sigue: "En el primero nos mandan/ sobre toda cosa amar,/ y es tanto lo que te quiero,/ que no te puedo olvidar". Y en el primer sacramento, por su parte, el mayo confiesa y promete a la maya amor eterno desde el mismo nacimiento: "El primero era el bautismo,/ sé que fuiste bautizada/ en la pila de la iglesia,/ para ser mi enamorada".

Pero, además, en lo referente a la lírica, en la Sierra de Albarracín, es bien sabido que también ha tenido lugar el cultivo del romance, también poesía popular y tradicional. Nos cuenta Manuel Polo y Peyrolón, investigador del folklore de la sierra y novelista del siglo XIX como más adelante veremos, la existencia de versiones romanceriles producto de la fusión de composiciones tan famosas en el romancero castellano como las de *El prisionero*, *Gerineldo* o *El Conde Sol*. Las cantaban las mozas de Gea de Albarracín los domingos de mayo a orillas del Guadalaviar cuando salían a pasear y airear sus cuerpos.

Y es que el pueblo, como nos enseña el maestro Menéndez Pidal, no puede vivir sin poesía, sobre todo en aquellos momentos de la vida en el que son necesarios desahogar o comunicar los sentimientos. Por eso, aún es posible, hoy en día, a punto de expirar el siglo en el que estamos, escuchar en las serranías poemillas que perviven, cuya más honda raíz viene de los abismos medievales, y que, como diría Dámaso Alonso, son bisagra o vínculo de la unión entre la España Vieja y la España Nueva, las dos Españas necesarias desde la dimensión de la estética. Son poemas breves, ambiguos en el lenguaje y en la intención, adobados, cómo no, de estribillos y de paralelismos, como corresponde a composiciones que se cantan en los corros lúdicos infantiles: *Conejicos a la huerta,/ que la zorra se me suelta;/ ¡que se me va!;/ ¡que se me va!;/ ¿que se me va!/? ¡Ya se me ha ido!...*

Y relacionadas están estas canciones infantiles, que se tarareaban en la Sierra de Albarracín, con otras parecidas que tienen lugar en otras partes de España y que, en la actualidad, grupos folklóricos como el Nuevo Mester de Juglaría intentan impedir que no desaparezcan de nuestro patrimonio artístico español. Ahí está, para comprobarlo, el juego de la herradura en el que niños y niñas forman corro y en el que en el centro queda el prisionero que va tocando a cada uno del corro mientras dice: "Herradura/ para la mula;/ clavo, clavo,/ para el caballo;/ cinta de oro/ para el moro; cinta de plata/ para la infanta,/ tu-turatu/ que te vayas tú".

La literatura popular vive en la tradición oral de un pueblo, sin autor conocido, sometida a las modificaciones que el medio de difusión y permanencia supone a cada instante. Es, como hemos dicho, la poesía tradicional que cuenta hechos históricos o religiosos que, deformados, dan lugar a la leyenda. Julio Alvar ha recogido en la Sierra de Albarracín, concretamente en Terriente, una versión, de las muchas que existen a lo largo y ancho de la geografía española, del romance de la loba parda, en este caso, colorada, loba que caza una borrega blanca, hija de oveja negra y nieta de cariblanca: "Estando en la mia choza/ pintando la mia gayata,/ vide venir siete lobos,/ por unas grandes montañas...".

Pero cuántas metamorfosis literarias, para bendición del patrimonio histórico artístico, habrán tenido lugar sin que los consumidores de la lírica nos hayamos dado cuenta! Otras han llegado a nosotros venciendo el tiempo. Tenían el origen en el bautizo de un niño, en los juegos infantiles ya mencionados, en las canciones de cuna —algunas recogidas en pueblos de Teruel como La Codoñera por el Padre Arnaudas—, en las labores agrarias, en relación con la recolección del cereal, de la oliva o del azafrán según surgiesen en una u otra de las diversas comarcas de la provincia turolense.

Tienen su origen estas canciones líricas en momentos cruciales de la vida del ser humano. Momentos como con motivo de noviazgos, bodas, fiestas patronales, o, con un pretexto superior e ineludible, la misma muerte. Y existe lírica con nombres propio, a veces acompañada con dulzaina, como las albas, cancioncillas amorosas dedicadas a las mozas hermosas de los pueblos turolenses, eclipsadas por el dominio de la jota decimonónica, o las auroras cantadas por despertadores o rosarieros, difundidas en el siglo XVII, pero con antecedentes seguros en suspiros literarios que nacieron en el mismo corazón de los siempre misteriosos tiempos medievales.

Y TAMBIÉN EL REY SABIO...

En la Península empezaba a gestarse la poesía culta, ésa del Mester de Clerecía que contaba las sílabas de cada verso y se preocupaba de marcar distancias con los oficios groseros juglarescos. Pero al mismo tiempo surgía la prosa histórica y didáctica con ese rey humanista que le llamaron Sabio. Para el cultivo de la poesía Alfonso X prefirió el gallego antes que el castellano. Dicen que por lo que tiene de melódico el idioma, de ese código expresivo que, siglos más tarde, inmortalizaría literariamente la sensibilidad delicada de la musa Rosalía de Castro

Cabe la posibilidad de que en el siglo XIII, concretamente, en la misma capital turolense, aparte de lo que diremos a continuación, existiesen ciertas manifestaciones literarias de raigambre culta. El artesanado de la catedral de la ciudad de Teruel es, a decir de sus intérpretes, la obra monumental que nos ofrece una fiel y certera visión de lo que debió de ser la vida cotidiana turolense en la Baja Edad Media. Y cabe la posibilidad de que dicha techumbre, además de economía, religión y sociología, también nos hable de literatura. Alguna de la figuras de animales que allí aparecen son significativas al respecto, como es el caso de la figura del zorro, un actante por cierto tan destacado en el mundo de la fábula desde Esopo y Fedro hasta La Fontaine, pasando por distintas versiones que de la astucia y correrías de este animal suelen ofrecerse en el mundo medieval. Basta recordar al mismo Infante don Juan Manuel.

Pero la literatura culta, en el género lírico, tiene, en pleno siglo XIII, un representante de lujo, nada menos que al creador de la prosa castellana y sistematizador de destacadas obras jurídicas, históricas y científicas. Él fue quien escribió las *Cantigas de Santa María*, un conjunto de relatos milagrosos destinado a exaltar la figura de la Virgen, tan popular en la literatura medieval como atestigua la obra del clérigo riojano Gonzalo de Berceo.

Dicho lo cual, debemos señalar que da la casualidad de que una de las composiciones del Rey Sabio está ambientada en el pueblo turolense de Rodenas –Roenas d'Alvarrazin– y viene a contar cómo la alcaldesa del castillo de la citada localidad cayó de la cima de una peña cuando iba por agua a una larga y ancha fuente que había en el valle. Ante tamaña desgracia, sigue diciendo la cantiga, la doncella invocó a Santa María y, como consecuencia de su devoción, se produjo el milagro: no llegó, ni siquiera, a herirse.

El relato lo encontramos en la cantiga 191 de la edición preparada para la editorial Castalia por el profesor W. Welmann. La esposa del alcaide del castillo, un pobre escudero, según se nos dice, “...non foi morta neo ferida”, porque invocó a Santa María, “...e este miragle souberon per tod'Espanna”.

Carlos Muñoz, cultivador actual de la prosa costumbrista turolense, y alcalde de Rodenas cuando estas líneas estamos escribiendo, asegura que muchos de los señores de Albarracín tuvieron fuertes lazos con Castilla, sobre todo Juan Núñez de Lara, casado con la quinta señora de Albarracín, Teresa Álvarez de Azagra. Tal vez por la mediación de este personaje pudo enterarse el rey castellano de lo ocurrido en Rodenas, pueblo que disponía por aquel entonces del castillo y fortaleza más poderoso del Señorío de Albarracín.

Quizás fuese la Peña de La Horadada y Trascasa el lugar en el que aconteció el suceso que nos narra la cantiga alfonsina, por ser éste el manantial más antiguo y único citado en los lejanos, y, para los menos, poéticos tiempos medievales. El caso es que “*O que de Santa María sa mercee ben ganna, / de tod'ocajon o guarda, ja non será tan estranna*”.

Otra cantiga, en nuestra opinión, ofrece ciertas dudas en lo referente al espacio en el que sucede lo que en ella se cuenta. Es la composición número 171, de acuerdo con la edición citada de la obra alfonsí. En ella se narra “como hua moller de Pedra-Salze ya con seu marido a Salas, e perderon un fillo pequeno en un rio, e foron a Salas e achárono vivo ant' o altar”. Un matrimonio de Pedra-Salze tuvo un hijo por intercesión de la Virgen de Salas. Al cabo de dos años, volvieron a dicho lugar para darle gracias a la Virgen. En el camino, al cruzar un río, cayó el niño y lo perdieron sus padres. La pareja lloró con desesperación –“... ambos come perdidosos...”–. Pero, a pesar de la pesadumbre en la que estaban sumidos, decidieron llegar a Salas, en donde la mujer invocó a Santa María de esta manera ferviente: “...A ti/ vou, Virgen, que mi acorrer/ querras do fillo que perdí”. Y, ¡milagro!, el niño fue encontrado ante el altar, totalmente sano y salvo.

Hasta aquí la narración de la cantiga. Surge, empero, un problema difícil de resolver: ¿de dónde era la pareja que acudía a Salas? Está claro que de Pedra-Salze, nombre que evolucionado de Pedraza, pueblo a treinta y siete kilómetros de Segovia. Pero hay otros pueblos con este apelativo en otros lugares de España tales como Soria o Salamanca, provincia ésta en la que encontramos hasta dos localidades con idéntica denominación. También hay otra localidad con el mismo nombre en Palencia.

No es menos cierto, sin embargo, que la evolución de Pedra- Salze pudiese dar Peracense, pueblo cercano a Rodenas, lugar en el que transcurría la peripecia de la cantiga que contaba el milagro sucedido a la alcaldesa del castillo.

¿Cómo pasamos de Pedra-Salze a Peracense? Ésta puede ser la explicación, según nuestra opinión, que quedaría como mera hipótesis. Sabemos que si las oclusivas sordas latinas entre vocales se convierten en sonoras –vita = vida–, las oclusivas sonoras –grupo en el que entraría la *d* de Pedra– se convierten, por su parte, en fricativas o, como ocurriría en este caso, desaparecen. Una metátesis –cambio de posición de fonemas o de sílabas– explicaría el trueque *ze/ sa*. Si la *l* se confunde a menudo con la *r*, también lo hace con la *n*, como podría ser en este caso, además de someterse a otra metátesis. La conversión de la *a* tónica en *e* también es posible, aunque se trata de la vocal más resistente y más reticente al cambio, en este caso por inflexión.

Por otra parte, existiría otra explicación de índole histórico-geográfica. Sabemos que el famoso castillo de Peracense, ubicado sobre una mole de *Piedra* de rodano, recibió diversos nombres como Petra salz, Piedra Salz, Piedrasolez, Piedraselz, Piedrasalz, Perasenz, Perasens. *Piedra* es siempre la raíz de los diferentes vocablos. Y dicha denominación viene a definir sino el paisaje, agreste y rocoso, que da nombre a la localidad actual. Según M. Almagro, el castillo ya existía en 1284, año en que murió el Rey Sabio.

Todo lo expuesto, puede llevarnos a considerar que tal vez el pueblo de Pedra-Salze, que aparece en la Cantiga, pudiera identificarse con Peracense. No olvidemos que cerca de Peracense –Pedra-Salze– se encuentra el pueblo de Villar del Salz, denominación relacionada con el *salix-icis* –sauce o salce–, formante segundo de la palabra compuesta de Peracense. Valga lo dicho, simplemente, como hipótesis de trabajo que, de ser cierta, confirmaría la importancia –dos cantigas– de la geografía turolense en la obra poética de uno de los autores más prestigiosos de la Edad Media.

LOS JUGLARES ATACAN DE NUEVO

Que Teruel es tierra de juglaría lo acreditan un montón de testimonios. Quehaceres juglarescos aparecen, sin ir más lejos, reflejados en ese retablo citado, la techumbre de la catedral de Teruel, que es el testimonio histórico más fidedigno que tenemos de la vida de nuestra ciudad en los tiempos medievales. El sabio Menéndez Pelayo ha dicho que la juglaría era el modo de mendicidad más alegre y socorrido en el que se refugiaban lisiados, truhanes, estudiantes o clérigos vagabundos y tabernarios de los llamados en otros países de Europa goliardos. Los juglares tenían por oficio alegrar a la gente y, para lograr esto, realizaban actividades artísticas de la más diversa naturaleza: mímica, acrobacia, juegos de manos, música; y, también, y eso es lo que más nos importa, en este momento, generaban literatura.

Ya en el Fuero de Teruel, de 1177, se legisla contra alguna de las actividades juglarescas, igual que el Rey Sabio lo había hecho en sus *Partidas*. Y es que llega a recelarse en el Fuero de las canciones malas. Pero es en el período de lo que la crítica especializada y solvente ha llamado de la decadencia de la juglaría lírica y narrativa, en el que más encontramos testimonios de la influencia que los juglares tuvieron en la sociedad turolense del otoño medieval.

Nos cuenta Ramón Menéndez Pidal –págs. 50-51 de su libro *Poesía Juglaresca y Juglares*, Madrid, Espasa Calpe, 1975– que, en junio de 1397, con motivo de la coronación del rey Martín de Aragón, en la ciudad de Teruel se celebraron danzas en las que tomaron parte los hombres buenos de la ciudad, bailando al son de instrumentos tañidos por juglares. Cobraron los artistas cincuenta sueldos jaquesas y también bebieron vino, un poco antes de hacer sonar las dichas danzas. Entre los nombres de los juglares –Gonzalo Domínguez, García González, Martín de Salaverde, Luis de Luna, Pedro el Barbero, Domingo Sánchez, Pedro Sánchez Navarro y Miguel Catalán ...– se encontraba el moro Çahat de Arcos. No está de más recordar aquí que hasta el mismo Arcipreste de Hita, Juan Ruiz, había escrito canciones para moras que practicaban el arte de la juglaría.

Unos años más tarde, concretamente el 15 de noviembre de 1401, el trabajo de los juglares consistió en “sonar con sus instrumentos en la recepción de la venida del señor rey”. También, cuando llegó a su fin el llamado Cisma de Occidente, el Concejo tuvo a bien celebrar fiestas por haberse logrado la concordia en la elección de Papa y contrato, para tal fin, juglares para que tocasen y cantasen.

En otras ocasiones, los regidores de la ciudad también ordenan el pago a juglares que tocan en la feria. Es lo que ocurre con el caso del también moro Mahoma Chacho, era el treinta de agosto de 1443. Once años después, también cobran soldada los juglares que participaron en la procesión del Corpus Christi.

Y todo esto acontece a pesar de que, como apunta Menéndez Pidal en la que es la mejor obra escrita sobre la vida y la obra de los juglares, es verdad que las alegrías públicas de Teruel, más que en juglares, consisten en toros y en “hovielllos hoscós”. Pero no es menos cierto, empero, que la juglaría también forma parte de la idiosincrasia de esta tierra en los tiempos medievales. Y eso que, junto a juglares, también respiraron por estos pagos ciertos trovadores de prestigio, poetas nobles de alto rango que no necesitaron ejercer su arte literario como medio de manutención vital.

El mismo rey Alfonso II escribió poemas en provenzal, en esa lengua en la que había escrito Guillermo IX, duque de Aquitania y conde de Poitiers, primer poeta de Provenza de nombre conocido, familiarizado como nadie con el noble arte de la trova, con el distinguido arte de la confección de versos que hablan de mujeres complacientes, juegos de azar y de otras jocosidades goliardas de estudiantes, más aplicados a los solaces que al estudio. Al hilo de lo cual, señalaremos un dato curioso que es el de que el citado caballero franco había pisado tierras turolenses con motivo de su participación en la batalla de Cutanda, apoyando al rey Batallador. Y precisamente fue en Provenza en el lugar en el que había surgido el amor cortés, un amor de aires platónicos, entreverado con las normas sociales de la reglamentación socioeconómica feudal. Ese tipo de amor es, curiosamente, el mismo que aparece recreado en las composiciones poéticas de los Mayos que se cantan en la Sierra de Albarracín y a las que, poco antes, nos hemos referido.

Pero de todos los juglares que cantaron en nuestra tierra, hay uno que destaca sobre los demás. Un juglar que habló con formulismos épicos, con sencilla ironía y con sentimiento, de los pueblos y de los campos turolenses. Ése mismo que a la par propiciaba la contemplación de las gentes cristianas de aquellos tiempos en el espejo

que debía de servir de plataforma para cimentar el verdadero espíritu de toda una nación. Nos estamos refiriendo al espejo cidiano en el que conviven la valentía, el honor, la diligencia de un buen padre de familia, la ternura, la creencia sistematizada y coherente de una religión transcendental y otras tantas cualidades a las que el carácter de esta piel de toro, que es España, nos tiene, paradojas de la vida, tan frecuentemente acostumbrados.

EL MISTERIOSO JUGLAR DEL CANTAR DE MÍO CID

Mucho se ha escrito sobre el posible autor o los hipotéticos autores del gran poema épico medieval, monumento inigualable de los cantares de gesta hispánicos. Hablamos del *Cantar de Mío Cid*.

Una de las teorías, concretamente la del historiador aragonés Antonio Ubieto Arteta, sobre la autoría de este monumento literario, apunta a un juglar turolense como el creador de esta pieza literaria. El autor sería Per Abbat, Pedro Abad, ese personaje que siempre se ha tenido por copista y que fue, a decir del erudito antes mencionado, el que realmente lo escribió en 1207. Pero las tesis de Ubieto chocan con las tesis sostenidas por Ramón Menéndez Pidal cuando el mayor estudioso de la literatura medieval española atribuye la autoría a dos juglares sorianos y llega a fijar la fecha de composición del *Cantar* en 1140.

Lo cierto es que los argumentos de Ubieto son tan válidos y gozan de tanta consistencia como los de Ramón Menéndez Pidal. La geografía turolense está perfectamente definida, tanto como la castellana. Y ahí está como muestra El Poyo, ese lugar definido en el verso 864 como "alto, maravilloso e grant"; u otros topónimos como Çelfo la del Canal, Calamocha, la cuenca del río Martín o las tierras negras de Alcañiz. Y de nuevo en el canto segundo vuelve a aparecer la citada geografía, amén de Santa María de Albarracín o Bronchales, cuando una embajada del Cid va en busca de sus hijas hasta Medinaceli.

Y en el canto tercero del *Cantar* reaparece de nuevo la misma geografía. Todo lo cual lleva a que Antonio Ubieto concluya diciendo que el conocimiento que tiene el juglar de la geografía turolense es mayor que el conocimiento que se vislumbra en el *Cantar* de las tierras de Soria. Muestras significativas de lo dicho las encontramos en versos como estos: "*Otro día mañana pienssan de cavalgar,/ vinieron a la noch a Çelfa posar / .../ lxieron de Celfa la que dizen del Canal*". O en otros, como el citado: "*...y ffincó en un poyo que es sobre Mont Real;/ alto es el poyo, maravilloso e grant*". Los mismos lugares aparecen mencionados en otras ocasiones.

Por otra parte, debemos añadir que el *Cantar de Mío Cid*, como señala Ubieto, además de ser una obra cumbre de la literatura épica castellana, en nuestro caso diríamos que aragonesa, es también una obra que muy bien pudo redactarse en tierras turolenses a principios del siglo XIII y que tendría como finalidad crear una conciencia colectiva, un estado de opinión favorable a la conquista de Valencia. En suma, tendría como finalidad recoger el espíritu de frontera, tan vivo en la Reconquista, con todas las connotaciones que ello entraña.

En este sentido, el carácter propagandístico de la épica confluiría con el de las obras del Mester de Clerecía. Y no está de más señalar que el mismo Berceo, a decir de cierta crítica, también hacía propaganda, en sus escritos hagiográficos, de los monasterios riojanos a los que estaba vinculado, además, y eso no se cuestiona, de plasmar en ellos su cálido fervor religioso.

CONTINÚAN LAS GESTAS...

La Crónica de Jaime I da buena cuenta de las luchas nobiliarias que acontecieron en el siglo XIII. Y recoge el episodio de la muerte de don Pedro de Ahones, más tarde relatado también por Zurita en los Anales de la Corona de Aragón. Este personaje fue uno de los más influyentes en los primeros años del reinado del rey Jaime. Ya había participado —según Ubieto Arteta en su libro *Literatura Aragonesa I*, en Historia de Aragón, Zaragoza, Anubar, 1981— con Pedro II en la batalla de las Navas de Tolosa, así como había ejercido de embajador ante el Papa Inocencio III. Su muerte debió de acontecer sobre 1226.

En los episodios de la crónica los historiadores encuentran bastantes errores, lo cual lleva a pensar que la fantasía, en bastantes ocasiones, se adueña de la historia. A decir de Ubieto, concretamente el momento de la muerte de don Pedro de Ahones pudo estar recogido en un cantar de gesta, utilizado, posteriormente, como fuente histórica. Algo, por otra parte, muy frecuente, en la época medieval.

Pedro de Ahones muere, según la crónica, por no seguir las instrucciones dadas por Jaime I para llevar a cabo la conquista de Valencia. El caballero se dirige desde Burbáguena a Cutanda y acaba herido por un ricohombre del rey. Morirá en los brazos de Jaime I mientras el monarca lo reprende por desobedecer su estrategia y sus planteamientos militares. Y es que el rey lo quería y es por eso por lo que, cuando uno de sus hombres pretende rematar del todo al noble rebelde, el mismo Jaime I responde: "Dios os confunda, porque habéis dicho tales palabras. Que yo os digo que si herís a don Pedro de Ahones, que a mi me herís y que deberéis herirme primero. Que esto os lo prohibo muy severamente. Luego, sigue narrando la crónica: "... E levam. don Pero Aones en un ataut a Daroca, e metem lo en Sancta María de Darocha...".

Sobre el autor y sobre la fecha del hipotético cantar de gesta nada sabemos. Pero si tenemos noticias de algunos juglares turolenses, no es difícil inferir que debieron existir algunos más. Y, tal vez, los que nos son desconocidos fuesen más diestros que los que nos son conocidos en el arte de la versificación y en el ejercicio de la imaginación.

Poco sabemos, sin embargo, al respecto, aunque algo más sepamos de otros poetas cultos como Gonzalo Fernández de Heredia, a decir de Federico Andrés, natural de Mora de Rubielos, nacido hacia 1450, poeta y embajador en Roma de Fernando el Católico y de Juan II, obispo de Barcelona y Arzobispo de Tarragona. O como es el caso de otro poeta, fundador de la casa de los Duques de Híjar, Juan Fernández de Híjar y Centelles, descendiente del mismo rey Jaime I. De éste último se ocupa hasta Gómez Manrique —s. XV—, tío de Jorge Manrique, en el Cancionero

General y llega a compararlo por su habilidad poética al célebre poeta cordobés Juan de Mena.

Pero hay un hecho cierto. Y es el de que, salvo en contadas ocasiones, los poetas y los autores cultos suelen perderse en la noche de los tiempos.

A PROPÓSITO DE LA LITERATURA ORAL

Muchas de las manifestaciones literarias aludidas, amén de cuentos, leyendas y epopeyas por muchos conocidos, antes de ser plasmadas en la escritura habían aparecido con indumentaria oralista. La mayor parte de este corpus literario tiene autores desconocidos y vive, por culpa o virtud de su esencia, sometido a continuas variaciones. Es el pueblo quien hace suyo este rico patrimonio y quien llega a malearlo a su libre albedrío, a su antojo y conveniencia, transmitiéndolo de generación en generación hasta que aparece algún curioso folklorista, enamorado de las cosas populares, y decide darle forma escrita para que permanezca en estado casi incorrupto.

La literatura oral resulta fascinante, porque es la palabra viva y encarnada, con su ritmo, efectividad y ternura, con su magnetismo mágico. Se ha dicho que contar cuentos, recitar poemas o relatar leyendas son actos intensos de comunicación interpersonal.

Muchas de estas manifestaciones debieron surgir en los tiempos medievales. El tiempo de los moros, la época de la Reconquista, los personajes del Medievo son lugares y situaciones frecuentes en relatos literarios de raigambre oralista que han llegado hasta nosotros. Torres mudéjares turolenses —recordemos la rivalidad entre Omar y Abdalá que se disputan el favor de Zoraida—, acueductos —el encargado de llevar las aguas del río Guadalaviar a Cella, romano pero considerado árabe en la leyenda—; puentes —el que une Teruel con la Muela, aparte del de San Francisco—; tesoros famosos —el toro de oro de Griegos—; amores trágicos —los de los enamorados del Peirón, Alvar y Sancha o los de los famosos amantes de Montalbán—; todos estos temas y motivos aparecen recreados en nuestras leyendas.

Lo mismo podemos decir de animales fabulosos que aparecen en este género literario. Tal es el caso del dragón que habitaba en los parajes que constituyen la Baronía de Escriche, rematado por ese valiente identificado con San Jorge e inmortalizado en una jota. O es el caso de aquel otro dragón de Bronchales que poseía el poder de encantar a los pastores para robarles la merienda. Y lo mismo podemos afirmar de grutas y de cuevas, de las que tenemos importantes ejemplos como ocurre con aquella que da cobijo a la mora de Guadalaviar. O es el caso de esos bosques sobrecogedores —el de Frías de Albarracín, en donde aseguran que el diablo tiene su morada— que forman parte de las estructuras narrativas que debieron surgir en el corazón de la Edad Media y que han llegado hasta nosotros.

Casi todas estas historias literarias son conocidas por grandes y por chicos. Una, sin embargo, es la más famosa y es la que toca los amores de Diego de Marcilla y de Isabel de Segura, los tan nombrados Amantes de Teruel. El suceso, historia o leyenda, derivada en este último caso del cuento recogido en *El Decamerón*, *Girolamo e Salvestra*, de G. Bocaccio, cuenta la peripecia vital de los amantes desgraciados. La

narración –historia o leyenda, pues poco nos importa desde el punto de vista literario– debió de andar durante varios siglos de boca en boca, antes de que terminase descansando en la escritura.

Años más tarde sería recogida en obras poéticas, sobre todo a partir del siglo XVI. Es importante para nosotros *Los Amantes de Teruel: Epopeya Trágica* de Juan Yagüe de Salas, terminada en 1614 y publicada dos años después. En 1619, la historia legendaria de los Amantes quedaba protocolizada por el mismo Yagüe de Salas, a la sazón notario, con el fin de dar más credibilidad al hecho. De este modo comienza la historia: " En Teruel era un joven clamado Juan Martínez de Martilla, de tenor vint dos años. Enamorosse de Sigura, fija de Pedro Sigura. El padre no tenia otra he era muy rico...".

El tema había de pasar también al teatro de Rey de Artieda, autor de ascendencia aragonesa, representante de la famosa escuela valenciana que tanto había de influir en la formación teatral del mismo Lope de Vega. Estamos en pleno siglo XVI, concretamente en el año 1581. Es en el siglo siguiente, en el del Barroco cuando el tema termina dramatizado nada más ni menos que por personas de la talla literaria de Juan Pérez de Montalbán y del mismo Tirso de Molina, éste último también vinculado a la literatura turolense. Y esto último porque el famoso mercedario residió durante unos meses, del veintinueve de agosto 1614 al veintisiete de febrero de 1615, en el Monasterio del Olivar de la localidad de Estercuel; unos dicen que desterrado y otros que con el fin de escribir una historia de los frailes mercedarios. Pero el caso es que fue durante su estancia en tierras turolenses cuando el religioso escribió las obras que componen el llamado ciclo aragonés, a saber: *La dama del Olivar*, de temática turolense que tiene como finalidad, valiéndose de la historia de la venganza de Laurencia, una dama deshonrada convertida en bandolera, propagar la aparición de la Virgen del Olivar y hacerse eco de la protección que dispensa a la Orden de la Merced, a la que pertenecía el escritor madrileño.

También encontramos dentro de este ciclo teatral del mercedario obras como *El celoso prudente*, *Al buen callar llaman Sancho*, *Palabras y plumas*, *Quien calla, otorga*, *Amor y celos hacen discretos* y, como ya adelantamos, *Los Amantes de Teruel*. Como dato curioso añadiremos que el escritor costumbrista del siglo XIX, Mesonero Romanos, impactado, como nos cuenta doña Blanca de los Ríos, por la bravura de Laurencia, la protagonista de *La dama del Olivar*, llevó a cabo una refundición de la obra del fraile mercedario titulada *Lorenza, la de Estercuel*.

Ni que decir tiene que el tema de nuestros Amantes, cuyos orígenes se encuentran en la literatura oral medieval, ha servido de material a escritores y a artistas de todos los tiempos. Pero había de ser el siglo del Romanticismo el que más explotara el tema por las razones que pueden suponerse. Forma novelada le dio el escritor turolense Isidoro Villarroja (*Marcilla y Segura o los Amantes de Teruel. Historia del siglo XIII*), una especie de novela histórica a lo Walter Scott, escritor, éste, escocés tan imitado en la España decimonónica. El mismo siglo contempló la obra dramática de *Los Amantes de Teruel* de Juan Eugenio Hartzenbuch, concretamente el año 1837, que recibió aplausos y parabienes del mejor crítico literario y más exigente, amén de temido, de la época romántica; nos estamos refiriendo a Mariano José de Larra.

Tampoco debemos olvidar que los ensayos sobre nuestros Amantes han centrado la atención de personas notables de diferentes épocas. Tal es el caso del escritor de Santa Eulalia, del siglo XVIII, Isidoro de Antillón. Un siglo después se ocupan del asunto en cuestión el abogado turolense Esteban Gabarda y el erudito Federico Andrés. Y ya, en nuestro siglo, encontramos nombres en el campo de la Amantología como los de Cotarelo, Domingo Gascón, Caruana, Carlos Luis de la Vega, Sotoca, Guardiola y López Rajadel, entre otros.

Y advirtamos, para terminar este epígrafe, que otras formas artísticas, además de la literatura, han utilizado a nuestros Amantes para plasmar los sentimientos universales que encuentran acomodo en cualquier sensibilidad humana.

Pero esta manifestación literaria es una más de las muchas que encontramos en esta tierra y que el pueblo las conformó a través de fórmulas orales antes de que adquiriesen la indeleble forma de la letra impresa.

CON LA MODERNIDAD HEMOS TOPADO

Como ocurrió en toda España, como antes había ocurrido en las repúblicas italianas con las que tantos contactos se habían entablado desde el Reino de Aragón, el Renacimiento llegó. Era la pasión por los clásicos de Grecia y de Roma, la pasión por el hombre, la confianza en la razón y en la vida terrena. Era eso, además de otras muchas cosas que tanto se alejaban de los oscuros, desde la perspectiva de aquella época, tiempos medievales. Como era, aunque parezca ocioso mencionarla, la llegada de la imprenta. Y no está de más recordar que en el siglo XV ya se imprimían libros en la localidad turolense de Híjar, libros que figuran entre los incunables de más mérito.

Fue en este siglo, en la misma ciudad de Teruel, en el que nació Jerónimo Ripalda, personalidad famosa por su Catecismo y por haber ejercido tan gran influencia espiritual sobre Teresa de Jesús quien, siguiendo los consejos de nuestro paisano, escribió el Libro de las Fundaciones.

Dentro de la literatura religiosa renacentista podemos citar, entre varios nombres, el del Beato Fray Pedro Sellaras y Lozano, nacido en Torre Los Negros el siete de noviembre de 1555. Se trata de un notable predicador franciscano cuyos sermones llegaron a cientos de pueblos aragoneses. Ejerció, aparte de su actividad literaria, importantes labores religiosas en la villa de Híjar. Además de tratados religiosos, escribió poesías dedicadas a santas, a la Virgen y a Cristo.

Pero fue en Alcañiz en el lugar en el que brillaron los verdaderos humanistas y renacentistas turolenses que se codearon con la flor y nata de la intelectualidad internacional de aquel tiempo. Algunos nombres son los de Juan Sobrarias, Pedro Ruiz de Moros, Bernardino Gómez Miedes, Domingo Andrés o el de Juan Lorenzo Palmireno. También brilla el nombre de una mujer, el de Juaná Sobrarias, hija de Juan al que sustituía en su cátedra de latín, de tan buena latinista como era, homologable a la famosa Beatriz Galindo. En Alcañiz se estudió a los clásicos y se compusieron poemas imitándolos. En la ciudad bajoaragonesa se luchó por enseñar un latín impecable, con una pedagogía humana. Los nombres ofrecidos fueron una segunda división

de aquellos otros que brillaron en España entera y en el orbe entonces conocido y civilizado. Nos referimos a Erasmo, Bembo, Benito Arias Montano, Vives o Antonio de Nebrija. Una segunda división intelectual, como decimos; pero, asimismo, brillante.

Todos estos cisnes aparecen alabados en la obra de Juan Francisco Andrés Ustarroz (1606-1653), *Aganipé de los cisnes aragoneses celebrados por el clarín de la fama*. Y, además de estos nombres, aparecen otros de poetas que escriben en este siglo y en el siguiente cuyas referencias responden a los siguientes: Miguel Agustín Salvador, natural de Camarillas; Miguel de Azagra, Juan Rodríguez, Martín de Azagra, Pedro González de Sepúlveda y el Padre Antonio Xarque, al que Ustarroz llama "nuevo Horacio".

Durante este siglo también fue cultivado el tema de los Amantes, sobre todo en versión poética, algunas de ellas con fuertes influencias –como obligaba la moda renacentista– de la literatura clásica. Como muestra sirve una silva, por mencionar un ejemplo, de Antonio Serón.

Un poco en la línea de los tratados, diálogos y misceláneas podemos resaltar el *Diario turolense de la primera mitad del siglo XVI*, de don Juan Gaspar Sánchez Muñoz, obra que recoge noticias curiosas de otros siglos. Recuerdos tales como el de que en 1367 el rey Pedro y su esposa Leonor donan sus palacios en Teruel para el monasterio de las monjas de Santa Clara, al tiempo que el rey otorga el privilegio de que ninguna mujer que no sea "ionesta" pueda estar cerca de dicho monasterio. Y recoge noticias tan curiosas como la manera de cómo llegaron a fundirse las campanas –que, dicho sea de paso, tenían nombres de persona– de la ciudad.

Por Sánchez Muchoz sabemos que Andrea era el nombre de la campana mayor de San Andrés en la década de los ochenta del siglo XV. Y que, en la década siguiente de este mismo siglo, se fundieron las campanas mayor y mediana –una se llamaba Martina– de San Martín. Según el *Diario*, en 1514, se fundió la campana mayor de San Jaime, en la placeta de la misma denominación. Dicha campana se llamaba Elena.

El diario de Sánchez Muñoz no es un diario de naturaleza personal, género autobiográfico-teresiano, que tanto proliferó en la literatura renacentista y que incluso llegó a invadir hasta la misma novela picaresca. Se trata, simplemente, de una obra en la que se suministran una serie de noticias que presenció el autor o que llegaron a sus oídos.

El teatro también fue cultivado por escritores turolenses. Es el dramaturgo Lope de Rueda quien en uno de sus Pasos –*El Convidado*– ridiculiza a un bachiller de Burbáguena que la crítica ha identificado con Bartolomé Palau. Este autor turolense destaca en el cultivo de obras dramáticas hagiográficas como es el caso de la *Historia de la gloriosa Santa Orosia*, drama escrito en verso octosilabo y dividido en seis actos. Asimismo destaca en su carrera literaria la *Historia de Santa Librada*. Su teatro poseía tintes simbólicos. También cultivó este artista de Burbáguena el teatro profano, de faz costumbrista, como atestigua su obra *Salamantina*, colección de cuadros de la vida de los estudiantes en una Salamanca que vivía los momentos más gloriosos de su Universidad.

Seguramente, en esta época, también surgió literatura oral en los llanos y en las sierras turolenses. El cuento oral tuvo un gran cultivo en el primer siglo de oro como ha demostrado el investigador francés Maxime Chevalier. Temas como el espíritu de contradicción en la mujer o diversas versiones del cuento de don Juan Manuel sobre doña Truhana aparecen en la literatura oral y tradicional de estas latitudes. Y nada indica que dichas manifestaciones folklóricas no se pudiesen gestar en estos tiempos tan proclives a entreverar la vertiente culta literaria con la vertiente popular.

Y LLEGÓ EL ESCEPTICISMO...

Tras el período de euforia y de confianza del Renacimiento llegó el de la consternación, al mismo tiempo que hacía su aparición el hombre crítico, rebelde y disidente como apuntó en una obra memorable el erudito Juan Antonio Maravall. Y es que en el siglo XVII se manifiesta con gran fuerza el hombre moderno, aquél que piensa que la economía y otras ramas de la vida colectiva no funcionan bien y podían ir mejor. Y la vida, en este siglo, deja de contemplarse con perspectiva optimista y se anega de una visión neomedievalista, demasiado espiritual y teocéntrica, que espera, como un medio de hacer frente al escepticismo, solo las promesas de la vida de ultratumba.

Sabemos, ya lo dijimos, que Tirso de Molina residió durante seis meses, en el monasterio mercedario de Estercuel, entre 1614 y 1615. Las obras teatrales del llamado ciclo aragonés, y que ya mencionamos, suelen tocar el tema del exilio, un tema muy en consonancia con la temática barroca. Y tal vez ese fuese el motivo, como también hemos hecho notar, por lo que Fray Gabriel Tellez permaneció durante una temporada en el pueblo minero turolense.

Pero la cima del barroco de la literatura turolense está representada sin ningún tipo de dudas por el que ha sido llamado el último místico de occidente: el muniesino, Miguel de Molinos. Vivió este ilustre personaje entre 1628 y 1696. Pronto fue reconocido como un famoso teólogo, con ideas heterodoxas para su tiempo, expuestas en una encomiable prosa vertida en libros como la *Guía Espiritual y Defensa de la Contemplación*, que desarrollaban planteamientos quietistas, algo heréticos por tanto. Fue perseguido por la Inquisición y adquirió la condición de víctima de la intolerancia de su tiempo, de un siglo tan lleno de contradicciones que hizo abjurar al muniesino de casi ochenta de sus proposiciones consideradas doctrina incompatible con la oficial de la Iglesia. Miguel de Molinos murió en los calabozos romanos. Y, seguramente, en estos tiempos que vivimos hubiera terminado elevado a los altares.

Prosa formal renacentista en la que se entreveran el escepticismo y la ironía barrocos es el *Quijote* de Cervantes, libro en el que encuentra cabida el motivo turolense del siempre loado y apreciado queso de Tronchón. El capítulo LII de la segunda parte dice: "... dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dio, por ser muy bueno, que se aventajaba a los de Tronchón... ". Y más adelante, en el capítulo LXVI, también de la segunda parte, leemos lo siguiente: "... Si vuesa merced quiere un tragito, aunque caliente puro, aquí llevo una calabaza lleno de lo caro, con no sé cuantas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo".

La fama de este queso, cuyo origen era argumento de autoridad para categorizar sobre el producto en cuestión, llegó hasta la época de la misma reina francesa María Antonieta, que se hizo asidua a la vianda en cuestión tras probar el manjar exquisito, a instancia del Conde de Aranda. A finales del siglo XVIII, el estudioso Ignacio de Asso, en 1798, publica en Zaragoza su *Historia de la economía política de Aragón*, obra en la que atribuye las bondades del queso mencionado a la materia prima que ingieren los animales en los prados secos de las lomas y laderas del pueblo turolense que producen hierbas finas y delicadas.

En la prosa ascética, cuyos señeros ejemplos los encontramos en títulos como *Avisos espirituales*, *Ejercicios de adviento* o *Ejercicios para el ayuno de Cristo*, destacó una franciscana, priora del mítico y ascético convento de Nuestra Señora del Monte Santo, natural de Villarluengo y cuya vida transcurrió entre 1632 y 1714, una larga vida ejemplar y piadosa, según cuentan sus biógrafos. Su nombre es el de doña Delfina de Pedro y Vidal; Delfina de Jesús, como esposa de Cristo.

En este mismo siglo eran frecuentes con motivo de la celebración de acontecimientos memorables organizar certámenes poéticos. En 1619 tuvo lugar uno de estos certámenes con motivo de haber sido promovido por el rey Felipe III, como inquisidor general de España, su confesor, Luis Aliaga. Dicho personaje había nacido en Mosqueruela y era hermano de un famoso dominico: Fray Isidoro Aliaga, nacido el dos de abril de 1568, notable por sus escritos y que refuerza la idea del jesuita P. Legueri de que la Orden de Santo Domingo ha llenado las bibliotecas de libros y el cielo de santos, aunque hay quien atribuye a esta orden cierta aversión por los libros. Sea como fuere, el caso es que al certamen mencionado concurrieron varios poetas turolenses. De Caminreal procedían los hermanos Salas Malo: Jerónimo, que llegó a ser obispo de Albarracín, concretamente el año 1654, y su hermano Juan. Y de Teruel participan en las referidas justas poéticas miembros de la familia de los Vengochea: Domingo, Jerónimo, Basilio y Pablo, que suelen utilizar el latín en sus composiciones. Pero también participó otro miembro de la familia, en este caso una mujer llamada Susana que escribe un soneto en la línea culterana-gongorista tan de moda en aquel siglo.

Era, a la postre, la belleza del lenguaje, esa belleza que la citada Susana impregnaba en el poema, el medio más adecuado para que un mortal pudiese evadirse de las miserias de este mundo. Pero turolenses hubo, como el dominico alcañizano, Fray Tomás Ramón que, en cuestiones de estilo, cuando éste tendía al desenfreno, llegaron a plantar cara hasta el mismo Fray Hortensio de Paravicino. Y para ello reclamaban moderación y equilibrio estilístico, como testifica una obra suya de 1635: *Nueva pramática de reformation*, publicada en Zaragoza, ciudad de la que, por cierto, era oriundo el Padre Luzán, más joven que nuestro dominico alcañizano, y que también apostó por la serenidad y el equilibrio en el estilo literario.

A caballo entre los siglos XVI y XVII vivió Juan Yagüe de Salas que protocolizó la historia de los Amantes, pero que también la refundió en una epopeya trágica de veinte mil cuarenta y tres endecasílabos. Una epopeya continuada por su hijo Agustín Yagüe.

En este siglo también se publican tratados de la más diversa naturaleza. Miguel Sebastián y Nadal, natural de Galve, nacido en 1552, escribe uno de *Ortografía y Ortología* —es el año 1619—. Se trata de una obra alabada por eruditos del siglo ilustrado; por Mayans y por Luzán concretamente. Pero los ensayos serían el género estrella, destinado a que el artista virtiese sus ideas, tal vez como dijo Ortega, demasiado avergonzado de sus sentimientos, del siglo que empezaba a despuntar.

ILUSTRADOS Y SOÑADORES PARA EL PUEBLO. CUANDO LA CULTURA SE HIZO CARNE

Uno de los géneros literarios en los que ha brillado el genio turolense ha sido el del periodismo. Es, precisamente, en nuestras tierras en donde encontramos los auténticos pioneros de este nuevo modo de comunicación, llamado a desempeñar tan importante papel en la historia de la humanidad. Es el alcañizano Francisco Mariano de Nifo quien fundó, entre otros diarios, el *Diario Noticioso* y la *Estafeta de Londres*. Inventó el anuncio, introdujo el grabado, decidió el corresponsal en el extranjero y creó los periódicos con suscriptores.

Sin embargo, no fue muy bien visto ni valorado por distintas personalidades de su época o de otras posteriores, a pesar de su fino estilo literario. Concretamente fue vituperado por L. Fernández de Moratín, por Menéndez Pelayo y por Emilia Pardo Bazán; motejado continuamente por los citados con apelativos como fámelico, pestilente, escritor proletario en todo el rigor de la frase, hambrón y periodista de tijera. Un periodista, por otra parte, de Segura, Juan Antonio Lozano, había de proseguir la brillante obra del alcañizano.

Otro importante escritor y periodista sería Juan Martínez de Salafranca, nacido en Teruel, en 1697, en una casa de la calle del Santísimo Cristo del Salvador. Fundó el primer periódico de España: *El Diario de los Literatos*. Era el año 1737. Y con él colaboraron personalidades como el fabulista canario Iriarte y otros notables eruditos como Mayáns o Gerardo Hervás. Tuvo como modelo el famoso *Journal des Savans*, y junto con la obra del Padre Feijoo —de esa personalidad que se ocupó también de cosas turolenses, combatiendo siempre, a la luz de la razón, la ignorancia y la superstición, como es el caso de cuando menciona el Barranco de las Calaveras, en Concud— constituye el mayor esfuerzo de erudición y de crítica que se da en España para desterrar, como acabamos de señalar, cualquier atisbo de cerrilidad y de estulticia. Llegó a ser presidente de la Real Academia de la Historia. Pero murió solo en Vilel, en extrema pobreza y olvidado por todos.

En este mismo siglo veía la luz en Santa Eulalia del Campo Isidoro de Antillón, político, geógrafo, escritor y también periodista. También se ocupó del tema de los Amantes. Fundó periódicos como *La Aurora patriótica Mallorquina*, *El Tribuno del Pueblo Español*, *La Abeja*, y colaboró en el *Semanario Patriótico* fundado por el poeta nacional Manuel José Quintana. Fue un hombre de bien, defensor de las libertades consustanciales al ser humano, actitud que le había de ocasionar persecuciones sin tregua por causa de la intransigencia y de la intolerancia que reinaron en su tiempo.

Poetas de este siglo fueron personajes como don Vicente Pascual, nacido el año 1768 en Rubielos de Mora. Era presidente de las Cortes de Cádiz el día en que todos los diputados juraban la famosa constitución. Muy amigo de Antillón, también diputado, con el que coincidió en la citada ciudad andaluza. Escribió, entre otras obras, un largo poema, especie de catecismo versificado, en el que se vierten ciertas ideas enciclopedistas, expuestas en metáforas como la volteriana consistente en identificar a Dios con el Gran relojero: "El hombre necesitaba/ lo que en el mundo se ve;/ ¿pues quién sino Dios lo hizo?/ ¿y quién le conserva el ser? / Decir que lo hizo el acaso/ es la suma estolidez;/ porque para haber relojes,/ un Reloxero ha de haber".

Y también brillaron en este siglo, en el que la cultura se hizo carne, las mujeres. Tal es el caso de Sor Luisa Herrero, la monja franciscana de Calanda que profesó con solo quince años en el convento de la Concepción y San Roque de Valdealgofa. A los trece años, a imitación del salomónico *Cantar de los Cantares*, escribió el *Diálogo entre la esposa y el esposo*. En la misma línea se encuentra *Cristo en el Jordán*. También cultivó el teatro y compuso autos sacramentales recogidos en *Florido Jardín Mariano*. Escribió también un *Dance al patriarca San José*, representado en la villa de La Codoñera en 1720 y que termina con unos gozos dedicados al mismo santo. Otro dance, también compuesto por ella, se representó en Albalate. Toda la vida de esta mujer, que murió el veinticuatro de agosto de 1777, transcurrió entre las paredes del convento, en medio de ese silencio que acerca a los humanos al mundo de los amores especiales y sublimes que proporciona el infalible utillaje de la mística.

De este siglo también fue Sor María de San Antonio, nacida en la Ciudad de la Concordia, Alcañiz, un día de primavera de 1714. Su vida siempre estuvo acompañada de un elemento fuertemente poético: la melancolía. Murió con solo veinte años. Y escribió, como Lope de Vega, a la soledad: "Dejadme estar sola/ que sola he de estar/ y sola me quieren/ en la soledad". Son poesías del alma, pálpitos instantáneos inscritos en una tradición mística que nos trae a la memoria la misma poesía de San Juan de la Cruz: "Para darme la salud/ me enfermó el amor hermoso;/ triste de mí, si no hago/ lo que desea el esposo". Quiso encontrar a su Amado y el reposo que no encontró en vida y, por eso, escribió: "Más bien sabéis, dueño mio,/ que mi deseo es tan grande/ que no llego a comprenderlo/ porque no puedo gozarte".

El alma hablaba y comunicaba su sentimiento en un siglo ilustrado en el que la cultura se hacía carne desde la dictadura de la razón. Algo, a todas luces, sorprendente. Pero, por estas tierras turolenses, por fortuna, no llegábamos a enterarnos.

Pero el siglo XVIII fue sobre todo el siglo del ensayo. Y en este campo destaca la obra del Padre Roque Alberto Faci, natural de La Codoñera, su monumental *Aragón Reino de Cristo y dote de María Santísima*, de 1739, un manual que nos da cuenta de los diferentes cultos a la Virgen y a Cristo en tierras aragonesas y en el que Teruel y su provincia ocupan lugar destacado.

Asimismo, los libros de viajes, de larga tradición literaria hispánica, también encuentran acomodo en la literatura turolense de este siglo. A este respecto destaca *Viaje por España* de Antonio Ponz, cuyo libro decimotercero, en su carta cuarta, ofrece noticias, elaboradas literariamente, de la ciudad de Teruel y de algunos pueblos de la provincia.

RAGÚS DE LIBERTADES Y COSTUMBRES: EL XIX A COLACIÓN

La toma de conciencia regional y provincial pertenece a este siglo; un siglo comprometido con la libertad. Los periódicos siguen siendo las plataformas más eficaces para luchar por este tipo de causas y de derechos nobles. Y Teruel seguirá produciendo hombres de prestigio en este campo y en dicha contienda. Tal es el caso de Juan Pablo Soler, natural de Torre las Arcas, que, además brilló en el ámbito de la política.

Otro nombre importante, en el campo del periodismo turolense, es el de Pedro Pruneda, gallego afincado en Teruel, fundador de El Centinela de Aragón, medio de expresión en el que firmaba con el pseudónimo de "El Tonto de Peracense". También fundó El Órgano de Móstoles. Su hijo Pedro, además del periodismo, cultivó el ensayo histórico y a él debemos la valiosa *Crónica de Teruel*, obra que tantos datos y tantas iniciativas culturales ha suministrado y suscitado en estudiosos de la cultura de esta tierra.

El ensayo también tuvo otros muchos cultivadores. De índole científica son los ensayos de Blas Aínsa, astrónomo, natural de Híjar, que sigue la tradición del sabio Zarzoso, hombre de ciencia que vivió en el siglo XVI, y oriundo de Cella.

El ensayo filosófico alcanza altas cotas estéticas con Joaquín Arnau Ibáñez, de Rubielos de Mora, como Vicente Pascual, también periodista y político. Arnau escribe de metafísica, difunde en su obra curiosidades como ciertos aspectos de la cultura rusa y toca temas de lo más variopinto.

En la prosa de ficción, singularmente en la novela, destacan nombres importantes. La alcañizana doña Concepción Jiménez de Flaquer publicó, además de artículos periodísticos y ensayos feministas, varias novelas dentro de la estética realista, tan de moda en el periodo decimonónico. Títulos que debemos a esta mujer maravillosa son: *Victorina*, *El Doctor Alemán*, *Maura*, *Sofía* y *¿Culpa o expiación?* Su obra siempre mantiene el empeño de dignificar la condición de la mujer y reclamar el lugar que realmente le corresponde en la sociedad de su tiempo. El tema es recurrente también en sus ensayos, como demuestran títulos como *La mujer española*, *La mujer juzgada por una mujer*, *Madres de hombres célebres*, *Mujeres*, *Vidas paralelas*. De ella podríamos decir lo mismo que afirmaba Julio Cejador de los escritores aragoneses en general: que en todos ellos subyace un señorío de la inteligencia.

La novela histórica, tan cultivada por influencia del escocés Walter Scott, aparece en Mariano Poz en títulos como *Riego o Guillermo Tell*. Novela de temática histórica turolense, aunque reciente, teniendo en cuenta la época en la que se escribe, es la de Benito Pérez Galdós, cronista de la España del XIX. En tierras turolenses ambienta el escritor canario *La Campaña del Maestrazgo*, cuyo argumento es la guerra carlista, tan manido por encontrarlo también en otros escritores, como en los noventa y ochistas Baroja y Valle-Inclán; autores todos estos fascinados por la figura de Ramón Cabrera, personaje ineludible en sus novelas.

En la misma línea historicista encontramos el nombre de Isidoro Villarroja, natural de Corbalán, que escribió *Marcilla y Segura o los Amantes de Teruel*. *Historia del*

siglo XIII. También cultivó este escritor turolense la historia versificada. A él pertenece el poema histórico Las ruinas de Sagunto.

Un gran novelista turolense, en una obra en la que se conjuga lo picaresco, lo costumbrista y lo filosófico, es Braulio Foz, nacido en 1791 en Fórnoles, gran latinista y humanista, pero también novelista como acabamos decir. La novela que lo ha consagrado a la fama es *La vida de Pedro Saputo*, obra en la que aparecen los rasgos más importantes de lo aragonés, aunque el personaje sea también un arquetipo universal, padre de la agudeza en la línea que señalase en su día el jesuita Baltasar Gracián.

El costumbrismo aparece con fuerza en la obra novelística y antropológica de Manuel Polo y Peyrolón, personaje nacido en un pueblo de la provincia de Cuenca, Cañete, aunque criado en la Sierra de Albarracín, en el mismo espacio que sitúa su obra narrativa costumbrista. En el año 1877 publica *Los Mayos*, novela en la que recrea el *volkgeist* de la sierra, a la manera de cómo lo hacen en Cantabria Pereda o en Andalucía Juan Valera o Fernán Caballero. Otras obras importantes de este escritor son *El Sí de una serrana* y *La tía Levítico*. Como ya dijimos, aunque sus novelas ya de por sí lo sean, también cultivó el ensayo antropológico, filosófico y folklórico.

Por otra parte, por muchos es conocido el hecho de que los extranjeros consideraron, en este mismo siglo, a nuestro país como un país romántico. Recorrieron sus paisajes, de los que llegaron a enamorarse, así como también lo hicieron de las costumbres y tradiciones españolas. Uno de estos viajeros fue Charles de Davillier que dedica unas líneas a Teruel en su obra *Viaje por España* y habla del retablo catedralicio de Joly y, como no podía ser de otra manera, de la historia legendaria de Los Amantes. Testimonios de emociones y arrebatos experimentados al contemplar las colinas yermas, aldeas amuralladas, fuentes maravillosas o edificios públicos, lo vamos encontrando en otros escritores galos que visitaron la provincia. Tal es el caso de nombres como Bégin o Germond de Lavigne.

A la prosa costumbrista decimonónica también pertenece el regeneracionista turolense Jerónimo Lafuente que tan bien analiza la idiosincrasia de sus paisanos más dados, asegura, al jamón y al escabeche que a la cultura. Famosa es parte de su obra recogida a finales del siglo por el impresor Arsenio Perruca bajo el título *Por Mi Tierra*. Y en la misma línea se moverán, años más tarde, otros escritores turolenses, en el relato, en la poesía o en el teatro, como son El Doctor Calvo, El Duende del Tozal o el caminrealino Adelino Gómez Latorre. No en vano no debemos perder de vista que el baturrismo empieza a fomentarse en este siglo; todas las gracias del baturro, un tipo que se exporta a otras latitudes nacionales como pasa con el isidro madrileño, con el casero vasco o con el viajante catalán.

Nos estamos moviendo, sin duda, en torno al casticismo, como indicaría Unamuno a finales de este siglo. Años más tarde, señalará un turolense nacido en Urrea de Gaén, Pedro Laín Entralgo, que Aragón es tierra de libertad, sencilla, laboriosa y pobre, habitada por hombres modestos, enamorados de la verdad y de la justicia. Y tenía entonces, como sigue teniendo ahora, verdadera razón.

Como curiosidad anotaremos la ascendencia paterna turolense del novelista valenciano Vicente Blasco Ibáñez, hijo de Gaspar Blasco, natural de Aguilar de

Alfambra. Un novelista éste de renombre universal, cuyas obras han alimentado contenidos de películas de Hollywood. De cuando en cuando, aparecen en sus narraciones personajes oriundos de tierras turolenses y la leyenda de esos muchachos de nuestra tierra abandonados por sus padres en el Reino mientras miraban a la veleta o pardelot de los Santos Juanes, en el Mercado.

Pocas obras teatrales encontramos en este siglo, aunque la historia de nuestros Amantes triunfaba en Madrid desde la horma romántica de Hartzenbuch, –autor cuyos versos tanto se difundieron en revistas turolenses de finales de este siglo y principios del XX–, y que merecía el aplauso hasta de un hombre tan exigente como era el mismo Mariano J. de Larra.

Hay, sin embargo, grandes actrices turolenses que representan papeles de la obras de los más prestigiosos dramaturgos españoles de este siglo. Tal es el caso de Agustina Torres, aplaudida en obras de Leandro Fernández de Moratín, de Martínez de la Rosa, de Bretón de los Herreros o del Duque de Rivas. Y es el caso también de Rita Luna, nacida en Málaga, pero hija de don Joaquín Alfonso y doña Magdalena García, naturales de Oliete. Esta última actriz triunfó representando obras de Calderón de la Barca o de Moreto. Fue amante del Conde de Floridablanca y llegó a primera dama del teatro madrileño de la Cruz.

Pero es, sin duda, la poesía el género más cultivado en esta época. La guerra de la Independencia prendió en el ánimo y generó la arenga poética de un caminrealino, uno de los mayores juristas españoles de todos los tiempos, traductor del mismo Jeremías Bentham. Nos referimos a Joaquín Escriche y Martín, un liberal empedernido, eterno luchador contra opresores y tiranos por lo que padeció la persecución y el exilio en Francia. Sus versos, de tono patriótico, son parecidos a los que escribe el alcañizano Gaspar Bono Serrano, capellán castrense y canónigo en Burgos.

Don Esteban Gabarda, un abogado turolense, que también terció en la eterna polémica de la historicidad de los Amantes, también cultivó la poesía. De 1849 es un largo poema, publicado en Valencia, de tono retórico y grandilocuente, troquelado a semejanza del ritmo esproncediano. Se titula *Dios, el Alma y la Religión*. Y es una apología del sentimiento religioso a base de versos endecasílabos.

Asimismo podemos apuntar que las revistas y periódicos turolenses finiseculares nos ofrecen una amplia muestra de los derroteros poéticos y de los poetas que transitaban por los postreros años del siglo XIX. Con motivo del cuarto centenario, Antonio Martínez González recuerda, en *El Ateneo*, el descubrimiento de América, con versos rimbombantes y de cariz mesianista. Calasanz Rabaza y Fuster, escolapio, nacido en Cantavieja, escribe versos heraclitianos y manriqueños ante la visión de un río, cuyas aguas pasan como la vida: “Así pasa la vida del hombre:/ A los años se siguen los años;/ tras engaños vendrán desengaños...”. Otros poetas utilizan motivos románticos y cantan a la luna como Adeodato Herrera Reyna o como Joaquín Guimbao, de profesión médico, natural de Perales y fundador de la *Revista Turia*, que, beçquerianamente, poetiza la mirada de la amada.

También está presente y hay vanas muestras de poesía idílica –no en vano las revistas, como *El Ateneo*, admiran al suizo Gessner– el tema de la alabanza de aldea. Algo que encontramos en poemas como éste de Angel Vela Hidalgo: “Vuelvo al

hogar de la aldea,/ El lentisco y la retama/ Alzan poderosa llama/ Que ruge y chisporrotea,/ En torno a la chimenea/ Luz, alegría y calor;/ Gente en corro, un hablador,/ Cena sana, vino añejo,/ Gazpacho con salmorejo,/ Y cuentas de cazador".

Existen, asimismo, poetas hasta autodidactos como Mariano Espallargas, de Alloza, mendigo y pastor, aficionado a los versos de circunstancias. Como abundan los poemas religiosos, de los que ofrecen buena muestra esos sonetos deliciosos que escribe el Padre Tomás Báguena de Peralejos.

La Miscelánea Turolense, fundada por Domingo Gascón Guimbao, notable personaje natural de Albarracín, académico de la Lengua, regeneracionista y político, y gran escritor e investigador, también recoge testimonios literarios. La revista se publicó entre 1891 y 1901, con veintitrés números, elaborados, editados y distribuidos desde Madrid. Escriben los mismos nombres que en *El Ateneo* y con los mismos temas patrióticos, amorosos —Joaquín Guimbao acentúa sus notas beçquerianas y es el poeta que destaca— o de circunstancias, utilizando formas poéticas como sonetos, silvas o romances. A ella se añaden otros nombres de prestigio a los ya citados, como el de Víctor Irujo y Simón, poeta de Fortanete, aficionado a recrear temas castizos de la tierra.

Otra revista que contiene poemas es la mencionada publicación del *Turia*, que apareció el veintiocho de febrero de 1881. El director era Joaquín Guimbao y Simón, que murió a los treinta años; nota ésta, como sus temas también romántica. Y escribe versos el que fuera profesor de Latín del Instituto de Segunda Enseñanza, y secretario del mismo, don Miguel Atrián. Demuestra este poeta su destreza en la elaboración de décimas de circunstancias y epigramas marcialescos: "A un ladrón astuto/ preguntóle el juez:/ —saber quiero al punto/ Su oficio cuál es/ Y el muy gran bribón/ Dijo sin tardar:/ —Soy registrador/ De la propiedad".

También escribe José María Catalán de Ocón a través de unos versos cuyo tema es el menosprecio de corte y la alabanza de aldea. Destacan aquellos en los que dedica hermosos alejandrinos a la Sierra de Albarracín. Su hija Clotilde Catalán también escribe por esta época poesías dirigidas a su padre y elegías en las que expresa el dolor por la pérdida de su madre: "Oigo una voz armoniosa/ Que mis sentidos-embarga/ ¿Es mi madre que me espera/ y desde el cielo me llama!". Firmaba con el pseudónimo de La Hija de Cabriel. Al hilo de estos nombres, diremos que su hermana Blanca fue una gran aficionada a la Botánica y descubrió especies nuevas que figuran en catálogos extranjeros.

Esta poetisa, Clotilde, también nacida en Monreal como el padre, y criada en Valdecabriel, tiene versos cuya lectura nos trae a la memoria los nombres de Gabriel y Galán o de Fray Luis de León "Tienes un caliente hogar/ Donde has formado tu nido/ Y donde vives dichoso/ Lejos del mundo y su ruido/ Viendo realizado el sueño/ Que forjaste cuando niño".

Escribe, en esta revista, algún maestro rural, como Casimiro Báguena de Santa Eulalia, cuyos versos de denuncia ponen en entredicho la situación social, tan poco decorosa, que padecían los de la profesión del escritor mencionado, debido a las penurias económicas: "Mil maestros en cambio están/ sufriendo en su edad madura/ un colmo de desventura/ que aciban su existencia/ Al sentir la violencia/ Del hambre

que les apura. Y "Cinco años hay quien no cobra,/ Y si apetece vivir,/ Tiene el pobre que pedir/ Lo que al prójimo le sobra".

No podían faltar en estos lugares tan concurridos los versos de Jerónimo Lafuente, versos satíricos por los que desfilan políticos, sobre todo de los llamados "cuneros", que ofrecen el ferrocarril –arma reivindicativa de los escritores regeneracionistas turolenses– y nunca lo traen a esta ciudad nuestra, famosa por los Arcos, perniles, el torico de la plaza, las morcillas de pan, la longaniza fresca y los Amantes.

Otro periódico, de tintes conservadores, *La Crónica*, que empezó a editarse el uno de enero de 1882, también da cabida a la poesía. Entre otros autores escribe Eusebio Blasco, y se marca algunas doloras al estilo del poeta Campoamor.

En Teruel, como en el resto de España, los periódicos y las revistas tenían un cariz claramente literario y servían para que el ser humano vertiese lo que pasaba en las concavidades de su alma. En los mismos lugares aparecían poemas de autores foráneos que tocaban temas de la tierra. Salvador Rueda escribía sobre la jota y, en la revista ilustrada *Barcelona Cómica*, también lo hacía sobre el tema de Los Amantes. Lo mismo que, años más tarde, harían otros andaluces famosos, los hermanos Álvarez Quintero que comparaban nuestro canto a una gota de sangre que nada menos termina brotando del mismo corazón.

DE NUESTROS ABUELOS A NUESTROS DIAS

Sigue el costumbrismo decimonónico en el nuevo siglo, en ese siglo de los avances científicos y tecnológicos, sigue la temática baturra que campa con fuerza en la historieta gráfica del escritor y farmacéutico de Ojos Negros Teodoro Gascón, lo mismo que en el cine de F. Rey. El tema costumbrista-baturro, la idiosincrasia aragonesa, aparece acentuada también en Adelino Gómez Latorre, autor natural de Caminreal. Destacan, entre sus libros poéticos, *Romancero Popular*, obra de raigambre lorquiana, conformada con audaces metáforas y certeras piruetas verbales, lo mismo que acontece en títulos tan significativos como *Solera de Aragón* o *Carasol Baturro*. Aragón, sus gentes, la sorna, el amor a la patria chica, aparecen también en novelas suyas como *La Promesa*, *Su único gusto*, *Sarcasmo*...

El costumbrismo poético, impregnado de sátira, también lo encontramos en la obra poética del Doctor Calvo, que nos ofrece visiones jocosas y desenfadadas de Teruel, de sus costumbres y de sus gentes, y todo dentro de una horma que nos recuerda a Jerónimo Lafuente. Como mención merece también, en la misma línea estilística, Anselmo Sanz, El Duende del Tozal.

En Mora de Rubielos nació Víctor Ros Monzón, en 1908, que ejerció como maestro en varios pueblos de nuestra provincia. A principios de los años treinta, publica una serie de versos ingenuos, recogidos en su libro *Ritmos*. Se trata de una obra de métrica corta, salvo leves injerencias endecasílabas cuando el poeta decide abordar temas sentenciosos y graves. Pero el verso libre es el rey de este ramillete literario por el que deambulan temas como el de la infancia, el paisaje idílico plasmado con sinestesias juanramonianas y el amor: " Porque te vi y te adoré.../ Tenias gestos de amante,/ cadencias de enamorada,/ mirabas como una madre..."

La poesía sacra o religiosa alcanza su exponente en el Padre Francisco Romero Fuertes, natural de Celadas. Una obra didáctica y de elevado valor artístico es *Cromos Evangélicos*, en la que recrea la vida de Jesús poéticamente. El hogar de Nazaret se plasma de este modo, tan sensual y tan plástico en fragmentos que nos recuerdan la primorosa prosa poética de Gabriel Miró: "*Bajo el signo oriental de una palmera/ y una vara de nardos florecida/ se levanta un hogar donde es la vida/ transunto del Edén que se perdiera*".

Teruel aparece como motivo poético en versos del famoso poeta alicantino Miguel Hernández, en un poema homónimo, que nos ofrece una visión dantesca de la ciudad en plena guerra civil, en la que el poeta de las tres heridas participó tan activamente con las letras y con las armas. Y aparece Teruel en versos de Ángel Crespo, el poeta manchego enamorado de Calaceite, con cuyos olivos y cielo constantemente sueña. Y aparece en el célebre periodista de nuestra época, Federico Jiménez Losantos, oriundo de Orihuela del Tremedal, así como en versos y canciones de José Antonio Labordeta, que durante unos cuantos años residió en nuestra ciudad como profesor del Instituto de Enseñanza Secundaria. O aparece en los versos de Juan Antonio Usero, tan enamorado de las altas llanuras turolenses.

Una serie de jóvenes poetas turolenses, ubicados en ámbitos de la poesía de la experiencia, en la poética del silencio o en el neorromanticismo, acostumbran a desparramar sus versos por revistas y periódicos, pero también en libros. Raquel Lozano escribe *Si te dijera que no te soy*, un conjunto de poemas, paradojas de sueños y deseos, tremendamente salinianos. Y Enrique Villagrasa, oriundo de Burbáguena, después de *Arpegios y Olas a la Deriva*, nos deleita con *Memoria Impenitente*.

En la prosa de ficción encontramos el tema de Teruel y de su provincia nada menos que la obra de Pío Baroja, concretamente en dos de sus novelas, incluidas en *Memorias de un hombre de acción*, conjunto de veintidós obras escritas entre 1913 y 1935. Personajes barojianos transitan nuestras tierras, a lo largo de su peregrinar, en *La nave de los locos* o en *La venta de Mirambel*, novelas que aparecen como un vivero de anécdotas y leyendas reales o ficticias, pero siempre atractivas. Lugares como Orihuela del Tremedal, Albarracín, Vilel, Teruel, Mirambel, se convierten en espacios barojianos, poblados de aventureros y de hombres de acción, concurridos por personajes extravagantes y por fantasmas misteriosos salidos de la imaginación de ése. artista al que han llamado reiteradamente el último romántico. Y el Bajo Aragón turolense también encuentra acomodo en *Los Conjurados Audaces*, novela del escritor vasco que recoge algunas de sus experiencias adquiridas en un viaje realizado a nuestra provincia en los primeros meses de 1930.

Parecida a *Los Mayos* de Polo y Peyrolón, pero ambientada en Mora de Rubielos, con temas costumbristas encontramos *Mi rincón amado* de Francisco Román Camacho. Novela, como decimos, de costumbres, escenas y tipos turolenses. Un trozo de la vida real llevada a cabo por una familia modesta y honrada. Cuenta esta obra las desdichas de Concha, hija pródiga de un militar de conducta intachable, don Hilario, seducida por César, un donjuán con el que huye a Madrid.

La novela histórica, de tradición también decimonónica, encuentra su título en *El ángel de los Silaos*, aparecida en los años cincuenta y escrita por el presbítero Angel

Aguirre Lahuerta. De temática histórico-bíblica son también las novelas del que fuera obispo de Teruel Fray León Villuendas Polo, relatos con títulos como *Raquel, la Bellemita*, *Miriam la convertida de Magdala* y *El Traidor*.

Motivos turolenses aparecen en novelas de los autores más dispares. Un trahumante de la Sierra de Albarracín nos lo encontramos como personaje en la novela *Jauja* de Ricardo León. Un cura turolense aparece en la novela *Las Amapolas*, sobre el mundo de la droga, de la que es autor uno de los principales cultivadores actuales de la llamada novela negra, Pedro Casals.

El escritor chileno José Donoso también buscó en tierras turolenses su musa inspiradora. Su novela *Casa de Campo* la escribió en Calaceite, en ese paraíso de artistas en el que vivió el creador durante varios años. Por el Cadaqués de Aragón, así es como se ha llamado a esta bella localidad bajoaragonesa, pasaron escritores tan notorios como Vargas Llosa, García Márquez, Peruchó, pasaron cineastas como Luis Buñuel y artistas como Paco Rabal. El creador chileno también escribió en este municipio *Tres novelitas burguesas* y *El jardín de al lado*.

Prosa de ficción ha cultivado el escritor de Castellote Miguel Buñuel, principalmente el cuento. Como en su tiempo hizo el cineasta, el calandino Luis Buñuel, dentro de una línea que, a veces, nos recuerda a Cunqueiro o a Sánchez Ferlosio. Habilidad también demuestra en el cuento infantil la que es consumada periodista alcañizana, paisana de Nifo, Pilar Narvión.

La guerra civil sirve como escenario turolense a la novela *Concierto al atardecer* de Ildelfonso Manuel Gil. Y el escritor francés André Malraux, también con la guerra civil por el medio, utiliza a Teruel como escenario en parte de su novela *L'Espoir*, que fundamentaría el filme *Sierra de Teruel*, rodado entre 1938 y 1939. Y la guerra civil aparece como coordinada espacio-temporal en la obra *Un instante en la guerra* del viajero y escritor Laurie Lee, así como del también escritor anglosajón David Leavitt cuyos personajes recuerdan gentes, casas y fondas de algunos pueblos bajoaragoneses donde dejaron enterradas partes de su vida.

La evocación de paisajes y paisanajes turolenses se encuentran en novelas como *Sadurija* de Ramón Mur, autor éste que lleva a cabo la crónica de una familia bajoaragonesa a lo largo de dos siglos. Alcañiz, Belmonte o La Codoñera son algunos de los lugares en los que acontecen las peripecias de los actantes de la historia. No olvidemos que Alcañiz había ya aparecido en el primer tomo de *Crónica del Alba* del escritor oscense Ramón J. Sender. Y bastante de lo mismo podríamos afirmar de relatos como *Lejos de Veracruz* y *Extraña forma de vida* de Enrique Vila-Matas.

Y en relatos cortos aparecen las tierras del Maestrazgo. Tal es el caso de lo que ocurre con la obra del escritor zaragozano José Giménez Corbatón, cuyos relatos nos recrean las costumbres turolenses con los mejores y más modernos recursos literarios. *El fragor del agua* del autor mencionado es una verdadera obra de arte que nos recuerda la belleza de los relatos cortos sudamericanos de los autores del "boom" de los sesenta. Y en este sentido no resulta descabellado comparar la Comala de Rufo al Crespol de Giménez Corbatón, pequeño barrio de Ladruñán.

Y los parajes del Maestrazgo –Mirambel, Cantavieja, La Iglesuela, pueblo este último en el que veraneó el escritor– son recreados en medio de la sensualidad barroquizante del valenciano, notable periodista, Manuel Vicent en un libro de viajes que lleva por título *Del Café Gijón a Ítaca*.

El Maestrazgo es también el ámbito del mundo novelesco que el periodista Antón Castro literaturiza en *El Testamento de Patricio Julve*, un mundo en el que, de nuevo, cobra importancia, la figura de Cabrera. La Sierra de Javalambre es el espacio de *Los Navegantes del estío*, también del creador gallego; por cierto, una de las mejores plumas del panorama literario aragonés contemporáneo.

En los años sesenta Juan Antonio Usero, poeta como ya indicamos, logra fusionar perpetuamente el neopopularismo con la idiosincrasia de esta tierra, tabulando sobre las tierras del Jiloca en su novela *La sombra del águila*.

Novelas recientes, bien es verdad que de poco valor literario, recrean historias de amor en pueblos de la Sierra de Albarracín o de la Sierra de Gúdar. Es el caso de *Por los senderos del corazón*, del médico valenciano Miguel Ángel Furió Soriano, novela rosa, de bastante simplicidad literaria tanto en la forma como en el contenido.

Y la zona del Matarraña ha sido escenario de la narrativa teñida de ciertas dosis de realismo mágico de Javier Aguirre. Valga como ejemplo *Los duendes del Matarraña*.

Por otra parte, encontramos en la misma ciudad de Teruel un joven novelista que está pisando fuerte en el panorama literario actual. Su nombre es Elifio Feliz de Vargas, autor familiarizado con relatos anegados de un paródico kafkianismo descafeinado, frescos y de fuerte lujuria literaria. Sirva como ejemplo el relato *Un pie que hablaba inglés*.

Los libros de viaje en los que aparece Teruel y su provincia son numerosos en este siglo. Recordemos, como dato curioso, que el mismo Hemingway, que sería premio Nobel de Literatura, estuvo en Teruel, en tiempos de la Guerra Civil, como corresponsal de guerra. Y sus despachos de la contienda fratricida que enviaba a periódicos americanos son de alta belleza literaria, aparte de ser documentos históricos maravillosos.

Desde un punto de vista literario, merecen mención la obra de J.I. Miguel Amóztegui, *Del Cantábrico al Mediterráneo. Un viaje a pie por los caminos de hierro de la Península*, libro éste, en lo que toca a nuestra provincia, por el que transitan personajes turolenses del pasado, como el muniesino Miguel de Molinos, fantasmas de niños comidos por soldados hambrientos en las guerras carlistas, campanas robadas, fondas, leyendas, razas extinguidas, ruinas de castillos, desiertas campiñas... Un mundo de ayer y de hoy, de proyectos y de esperanzas que pudieron ser y no fueron.

Hace ya unos cuantos años, un autor de novela social, Francisco Candel, escribió *Viaje al Rincón de Ademúz*. En ella no nos ofrece una visión optimista de la provincia, algo que contrasta con la perspectiva, más equilibrada, escogida por Enrique Llovet en las pocas líneas que dedica a nuestro patrimonio artístico en su libro *España viva*.

Entre el libro de viajes y de memorias se encuentra *La Gallina Ciega* del escritor francés, aunque su obra la escribiese en castellano, Max Aub. Por allí encuentran cabida escenarios de Calanda, Foz Calanda o Alcañiz. También Teruel y otros pueblos de la provincia aparecen en algún fragmento de las obras que componen *El Laberinto mágico* de este escritor, en su día, tan comprometido con la República. Y vuelven a aparecer pueblos como Calanda, Foz Calanda o Alcañiz en el libro de memorias *Mi último suspiro* del famoso cineasta calandino Luis Buñuel.

El novelista bilbilitano Santiago Lorén también se ocupa de pueblos como Alcañiz o Albarracín en su libro *Aragón*. Un libro cuyos momentos melancólicos resultan inolvidables en cuanto a calidad artística. Y lo mismo podemos decir de *Teruel adentro* de Clemente Alonso Crespo, escritor que, además del libro de viajes, cultiva la novela ambientada en lugares literarios familiares.

Nacido en Orríos, Alonso Crespo interioriza los tiempos y espacios infantiles, la sabiduría oculta en las labores del campo. Fustiga la hipocresía, el cainismo y un tiempo de silencio que pervirtió la educación sentimental de tantos jóvenes, en la actualidad cincuentenos. Planteamientos de esta índole y en la línea señalada los encontramos en *Cubanos, Altiplanos y Tizarrones*, en *El Hierro en la ljada*, que transcurre en Orríos, o en su novela *Melodía de los Mansuetos* en la que recrea una serie de recuerdos alrededor de Larroya y otras poblaciones fantásticas que tienen su correlato en pueblos perfectamente reconocibles de las tierras rojas turolenses.

La Comunidad de Albarracín es el objeto de la visión literaria de Francisco Rubio —*Viaje a la Comunidad de Albarracín*—. Carreteras con baches, espigas, perros perdidos, campos en barbecho son motivos de la visión impresionista del autor. Y todo ello en pasajes literarios que nos recuerdan la prosa azoriniana o unamuniana cuando se trata de hablar de Castilla o la prosa de Cela cuando habla de La Alcarria. Hierro, piedra y madera se funden en abrazos eternos, chopos de la ribera de los ríos desafían a las nubes. Y desfilan pueblos: Rodenas, Monterde, Bronchales, Pozondón, Albarracín... Este pueblo, el más romántico de Aragón, del que dijese J.M. Quadrado que se halla ubicado entre enormes masas de rocas, que posee catedral con torre aguda y en el que abundan rústicas cabañas y balidos de ovejas.

Con cierto sentimiento, evocada con nostalgia, la geografía turolense también la encontramos en *Tierra sin mar*, libro conformado a base de artículos periodísticos y perteneciente a José Antonio Labordeta, el cantautor, hermano de poeta y abuelo de la canción aragonesa. Y la encontramos en toda su plenitud en la obra del escritor turolense Alfonso Zapater, autor de *Esta tierra nuestra*, además de consumado poeta. Y aparecen los paisajes turolenses en *El Saurio que vuela*, un conjunto de relatos cortos sobre mitos, leyendas y tradiciones de la provincia de Teruel, un viaje a las raíces y al alma de los pueblos turolenses, cuyo autor es Manuel Pascual Guillén.

Como ensayistas turolenses destacan, en el tema político, el periodista Federico Jiménez Losantos, con sus reflexiones sobre la figura de Azaña, sobre la trayectoria de la España felipista y sobre el estado autonómico. Destaca, entre otros, con un libro que tuvo mucho éxito a finales de los años setenta: *Lo que queda de España*.

En el ensayo filosófico, científico y literario sobresale la figura del gran intelectual de Urrea de Gaén, don Pedro Laín Entralgo, que por sí mismo, en vez de unas cuantas líneas, merecería una serie de tesis doctorales.

Otros ensayistas que han tocado temas turolenses son Alberto Serrano Dolader, autor de la *Guía Mágica de la Provincia de Teruel* o Julio Monzón Royo que ha escrito sobre costumbres y tradiciones de la tierra a la que nos venimos refiriendo.

El ensayo histórico, con ribetes literarios, lo ha cultivado Jaime Caurana, Carlos Luis de la Vega o Ángel Novella. En nuestros días, López Rajadel y en páginas de periódicos Gregorio A; por otra parte, éste último, un gran difusor de tradiciones y de leyendas turolenses.

En lo referente al teatro, Teruel es un desierto en este siglo. Adelino Gómez Latorre escribió obras costumbristas y baturristas, pero poco más. No obstante, podemos consolarnos al pensar que uno de los grandes dramaturgos de la actualidad, el valenciano José Sanchis Sinisterra, en sus años turolenses como profesor del Instituto "Ibáñez Martín", escribió obras como *Algo así como Hamlet*, *Un hombre, un día o Tú, no importa quién*, obra esta última con la que ganaría el premio "Carlos Arniches". Aunque es verdad que su consagración como escritor de renombre nacional vendría, años después, lejos de esta tierra, con *Ay*, *Carmela* o con obras como *El cerco de Leningrado*.

Un turolense adoptivo que escribe y que cultiva la literatura gráfica, como hiciera en su tiempo Teodoro Gascón, es Antonio Mingote. Nacido en Sitges, en 1919, se dio a conocer como dibujante y humorista en *La Codorniz*, mítica revista que supo endulzar la trabajosa vida de los españoles de posguerra. En 1948 publicó su novela *Las palmeras de cartón*. Mingote es una leyenda viva, compendio de la inteligencia de todos los escritores turolenses. Autor de guiones de películas, libretos de comedias musicales y textos para la radio y la televisión. Es también académico de la Lengua. Pero este personaje, monstruo de la naturaleza, en expresión felizmente cervantina, necesitaría todo un libro para él.